

The background of the cover features a detailed black and white illustration. On the left, a large palm tree with many fronds is depicted. On the right, a portion of a Mayan temple structure is visible, showing a tiered roof and a carved stone face with a wide, open mouth. In the bottom left corner, there are large, broad leaves, possibly from a banana plant. The overall style is that of a classic book cover illustration.

Oswald Spengler

MOCTEZUMA. Un drama (1897)

Edición y estudio introductorio
de Anke Birkenmaier

OSWALD SPENGLER
Moctezuma. Un drama (1897)

Edición y estudio introductorio de
Anke Birkenmaier

Traducción de
Manuel Cuesta

OSWALD SPENGLER

Moctezuma. Un drama (1897)

Edición y estudio introductorio
ANKE BIRKENMAIER

Traducción
MANUEL CUESTA



Iberoamericana - Vervuert - 2020

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Esta edición es una traducción actualizada de:

Anke Birkenmaier: *Versionen Montezumas*.

© Walter de Gruyter GmbH Berlin Boston. All rights reserved.

This work may not be translated or copied in whole or part without the written permission of the publisher (Walter De Gruyter GmbH, Genthiner Straße 13, 10785 Berlin).

© Iberoamericana, 2020

Amor de Dios, 1 - E-28014 Madrid

Tel.: +34 91 429 35 22

info@iberoamericanalibros.com

www.iberoamericana-vervuert.es

© Vervuert, 2020

Elisabethenstr. 3-9 - D-60594 Frankfurt am Main

Tel.: +49 69 597 46 17

ISBN 978-84-9192-079-3 (Iberoamericana)

ISBN 978-3-96456-867-0 (Vervuert)

ISBN 978-3-96869-109-1 (ebook)

Depósito legal: M-16702-2020

Ilustración de la cubierta: *Frontispicio de Th. Armin, Das alte Mexiko oder die Eroberung von Neuspanien*, Leipzig, 1865. Fotografía de Carola Seifert. Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz / Art Resource, NY.

Diseño de cubierta: Eva Bajo

Contenido

- I. Introducción. Versiones de Moctezuma. México en la imaginación histórica del siglo XIX
 - 1. La interpretación spengleriana de la figura histórica de Moctezuma
 - 2. El horizonte de lecturas de Spengler hacia 1897
 - 3. Guiones del colonialismo. El interés por la conquista de México en los Estados Unidos y en Alemania
 - 4. Ruinas, jeroglíficos y lo sublime. El redescubrimiento de México en la imagen
 - 5. Spengler el literato. Esbozos de dramas y el concepto de lo trágico
 - 6. México en *La decadencia de Occidente*
 - 7. Spengler en Latinoamérica
 - 8. Spengler hoy
- II. Criterios de edición
- III. Sobre la lengua
- IV. Bibliografía
 - 1. Fuentes primarias. Oswald Spengler
 - 2. Literatura secundaria
- V. Nota del traductor
- VI. Oswald Spengler, *Moctezuma. Un drama*
Primer acto

Primera escena
Segundo acto
Segunda escena
Tercera escena
Tercer acto
Cuarta escena
Quinta escena
Cuarto acto
Sexta escena
Séptima escena
Quinto acto
Octava escena
Novena escena
Décima escena

VII. Agradecimientos

I. Introducción.

Versiones de Moctezuma. México en la imaginación histórica del siglo XIX

El filósofo de la cultura Oswald Spengler se hizo, en la década de 1920, mundialmente famoso por la publicación de su obra en dos volúmenes *La decadencia de Occidente* (1918 y 1922), en la cual no solo profetizaba el inminente ocaso de la civilización europea occidental, sino que exigía una radical reorientación de los historiadores respecto a la lógica de la historia: más allá del saber fáctico y en dirección al análisis crítico de patrones recurrentes. El concepto spengleriano de una «morfología de las culturas» se inspiraba de la morfología goethiana de las plantas al estipular que toda cultura del mundo iba siguiendo un ritmo propio «fatal» de crecimiento y declive. Su panorama histórico tenía, no obstante, llamativas lagunas. El autor anunciaba en su introducción la indagación de ocho culturas —junto a la Antigüedad y a Occidente, India, Babilonia, China, Egipto, Arabia y el México prehispánico— las cuales habrían seguido el mismo ciclo de crecimiento y decadencia¹; pero, en lo sucesivo, dejó México casi del todo sin tocar. En el segundo volumen de su obra, dedicó tan solo unas cuatro páginas a la cultura mexicana, describiéndola como una trágica excepción a su regla de crecimiento y declive naturales de las culturas:

Esta cultura es el único ejemplo de una muerte violenta. No falleció por decaimiento, no fue ni estorbada ni reprimida en su desarrollo. Murió asesinada en la plenitud de su evolución, destruida como una flor que un transeúnte decapita con su vara. [...] Lo más terrible de este espectáculo es que ni siquiera fue tal destrucción una necesidad para la cultura de Occidente. La realizaron de modo privado unos cuantos aventureros, sin que nadie en Alemania, Inglaterra y Francia sospechase lo que en América sucedía. Esta es la mejor prueba de que la historia humana carece de sentido. Solo en los ciclos vitales de las culturas particulares hay una significación profunda. Pero las relaciones entre unas y otras no tienen significación; son puramente accidentales (Spengler, *La decadencia de Occidente* II, 63).

Los titubeos de Spengler para incluir en su teoría de la cultura al hemisferio americano pueden achacarse a que los estudios precolombinos estaban, en la Alemania de comienzos del siglo xx, menos asentados que, por ejemplo, el orientalismo y la filología clásica, de modo que Spengler tenía más fácil trabajar sobre la Antigüedad y sobre el ámbito árabe, chino o indio. Pero el silencio público de Spengler sobre las culturas americanas antiguas antes y después de la publicación de *La decadencia de Occidente* puede indicar algo más, según mi parecer: cierta conciencia de Spengler de lo problemático que resultaban las culturas americanas antiguas en su esquema global de la historia.

¿Qué debe, pues, significar que, entre los escritos inéditos de juventud de Spengler, se encuentre un drama en cinco actos sobre el *tlatolani* azteca Moctezuma? Como mínimo, quiere decir que Spengler se interesó pronto en su vida por la conquista de México a manos del español, antes aun de poder informarse sobre otras culturas extraeuropeas. Si más tarde no se ocupó de dicha conquista sino de pasada, alguna buena razón debió de haber. Hasta se puede especular si la existencia de la ópera prima *Moctezuma* no apunta a que la historia de México constituye no solo una excepción en la teoría de Spengler sobre las culturas del mundo, sino el primer sillar de la misma.

1. LA INTERPRETACIÓN SPENGLERIANA DE LA FIGURA HISTÓRICA DE MOCTEZUMA

La figura histórica de Moctezuma Xocoyotzin ha fascinado tanto a los historiadores como a los escritores, poetas, artistas y compositores desde que llegaron a Europa las primeras noticias sobre el *tlatoani* de los aztecas. Demasiado sorprendente era la idea de un imperio desconocido hasta entonces por los europeos, el cual se habría desplomado con la llegada de un grupo relativamente pequeño de soldados españoles. ¿Cómo no echarle la culpa al «señor» de aquel imperio, el *tlatoani* Moctezuma, de cuyos tesoros los españoles enviaron muestras significativas? Una exposición sobre Moctezuma en el British Museum de Londres (2009), sin embargo, muestra lo poco que se sabe hasta hoy día sobre el entorno vital del soberano azteca. Han sido reconstruidos los objetos de su vivienda, la infraestructura de la ciudad y de la jerarquía social en la misma reinante, pero nada se conoce del entorno personal y de las circunstancias de su muerte. Según los editores del catálogo de la muestra, las muchas imágenes y juicios sobre Moctezuma, fluctuantes a lo largo de los últimos quinientos años, revelarían más sobre los propios historiadores y biógrafos del gobernante que sobre el conocimiento real sobre su persona (McEwan y López Luján, 23).

En efecto, los protagonistas y testigos mismos del encuentro español con Moctezuma, Hernán Cortés y el soldado Bernal Díaz del Castillo, establecieron en sus historias escritas un patrón poderoso que sugería que el líder azteca había sido demasiado conciliador con ellos. En su famosa *Segunda carta de relación* al rey español Carlos I, publicada por primera vez en 1522, Cortés describe la secuencia que habría llevado a la rendición de Moctezuma: la marcha de los españoles hasta la capital, Tenochtitlán, a pesar de varios intentos de mantenerlos alejados, así como

el encuentro allí habido con Moctezuma. Describe detalladamente la imponente grandeza y pompa de la ciudad, y refiere cómo, rápidamente, aprisiona en su propio palacio a Moctezuma valiéndose de un pretexto; cómo entonces lo lleva al campamento de los españoles y allí lo tiene custodiado varios meses. Según Cortés, cuando por fin los aztecas se rebelan contra los españoles durante una breve ausencia suya, Moctezuma aparece ante ellos y los exhorta a un armisticio, ante lo que su propia gente lo apedrea de tal forma que muere al poco. Lo cual lleva a la calamitosa retirada de los españoles de la capital durante la llamada «Noche Triste». Estos sucesos fueron, en lo esencial, confirmados por Bernal Díaz en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1584). Por su parte, los relatos de los informantes nahuas que contaron su versión de los hechos, unos cincuenta años más tarde, al padre franciscano Bernardino de Sahagún, quien la relató en su *Historia general de las cosas de la Nueva España*, la cual se hizo conocida a partir del siglo XIX, hablan del asesinato de Moctezuma a manos de los españoles, pero confirman la recepción amistosa de estos en Tenochtitlán por parte de Moctezuma, explicándola en términos similares a Cortés y a Bernal Díaz, esto es, en la existencia de una serie de profecías que vaticinaban el retorno de Quetzalcóatl para reclamar su reino. Moctezuma, según este relato, habría confundido a Cortés con el mítico Quetzalcóatl.

Aún aceptando la parcialidad del relato de Cortés, los historiadores han aceptado la mayoría de los elementos de este relato por la persuasiva lógica que presentaba a los españoles como superiores a los aztecas en su tecnología de guerra y hasta en su capacidad para la traducción y la comunicación². Recién en 2018, sin embargo, el historiador Matthew Restall hizo un intento de reconstrucción radical, basado en una lectura sintética de gran cantidad de escritos y testimonios indígenas y españoles surgidos a lo largo del

siglo xx, que permite entrever otra secuencia de eventos que los presentados por Cortés. Según Restall, el imperio azteca bajo Moctezuma habría controlado a los españoles hasta muy avanzada su expedición. Habría seguido sus pasos desde el comienzo, y los habría invitado a entrar en Tenochtitlán a propósito, como lo había hecho con otros competidores en Mesoamérica, para impresionarlos con la riqueza y grandeza de su capital y luego, una vez allí, «coleccionarlos», es decir, incorporarlos a su séquito, albergándolos muy cerca de su vivienda, como también de su jardín zoológico. Moctezuma nunca se rindió, según Restall, sino que habría muerto muy probablemente a mano de los españoles, junto a los demás líderes de la Triple Alianza azteca. Esos asesinatos colectivos habrían ocurrido porque los españoles estaban luchando desesperadamente por poder retirarse de Tenochtitlán, en una guerra que finalmente había estallado durante la fiesta de Tóxcatl (Restall, 193-228).

En su drama *Moctezuma*, el joven Spengler presenta una versión de la historia de Moctezuma que es sorprendentemente irreverente con la narrativa tradicional de los hechos y no tan lejana de la de Restall. Según su interpretación (la cual ya anuncia lo que vimos en *La decadencia de Occidente*), los españoles solo tuvieron éxito porque Cortés supo, como taimado aventurero, inducir a Moctezuma a creer que los españoles volverían a marcharse por su propia voluntad. Moctezuma, por otra parte, aparece en el drama como un monarca ilustrado que escucha a sus consejeros y que no discrepa de ellos sino allí donde se trata de las leyes del honor y la hospitalidad, que para él son inquebrantables.

Para convencer a sus lectores, el drama de Spengler omite varios momentos importantes que sí habían aparecido en los relatos históricos y ficticios disponibles en su momento, como veremos abajo. Para empezar, el

Moctezuma de Spengler no menciona a los intérpretes que mediaban en las negociaciones entre españoles y aztecas. En el drama, Cortés y Moctezuma se hablan en directo y entienden los propósitos e intentos comunicativos del otro perfectamente, sin la mediación de los famosos intérpretes Malintzin o «Marina» y Jerónimo de Aguilar, mencionados ya en la carta de Cortés. En vez de ello, Marina está reducida en el drama spengleriano a ser una esclava de Cortés, enamorada de él sin ser correspondida y traidora de su pueblo. En cuanto a la cosmovisión y religión aztecas, el drama descarta la idea planteada por Cortés y Bernal Díaz de que los aztecas habrían confundido a Cortés con su soberano divino retornado y subraya, en cambio, la sagacidad con que Moctezuma se percata, con relativa rapidez, de que los españoles representan un sistema de poder creado para la expansión y el enriquecimiento (cf. Spengler, *Moctezuma*, II, 2)³. El horror de los sacrificios humanos de los aztecas, tan frecuente en otros relatos del siglo XIX en particular, aquí se omite, y la destrucción de los ídolos del Templo Mayor por los españoles, frecuentemente mencionada en otros relatos, se convierte en un pretexto para arruinar la reputación de Moctezuma, ya que los españoles pretenden que Moctezuma haya aceptado tal destrucción, cuando se había opuesto férreamente a ella (*Moctezuma*, IV, 6). Finalmente, en el drama, la matanza perpetrada por Pedro de Alvarado durante la fiesta de Tóxcatl no se menciona, aunque sí es durante la ausencia de Cortés —que tuvo que marchar a Veracruz— cuando los aztecas se organizan bajo el liderazgo de Cuitláhuac para comenzar su rebelión, la cual produce el caos entre los españoles y, finalmente, su huida de Tenochtitlán (cf. *Moctezuma*, IV, 7). Es decir, Spengler descarta de su drama la idea de un conflicto de culturas e interpreta el encuentro de Cortés y Moctezuma en un sentido político, como una confrontación entre dos imperios, la cual revela un

enfrentamiento de pueblos soberanos en el marco del derecho internacional más que un asunto de estrategia militar o de superioridad cultural.

Este argumento político determina la manera como se presenta la figura de Moctezuma en el drama: como un soberano exitoso, consciente tanto de su pasado como también de su responsabilidad hacia sus súbditos. Por tanto, Spengler no pierde tiempo con la famosa escena de la entrada de Cortés y sus tropas en Tenochtitlán, y su recepción pública por parte de Moctezuma (también Restall le quita importancia a ese encuentro, por más que haya fascinado a generaciones de historiadores y lectores)⁴. En vez de ello, Moctezuma recibe a Cortés en su propia vivienda, dejando claro su autoridad sobre él. El Moctezuma de Spengler tampoco se rinde a la razón de los españoles en ningún momento. Su captura se efectúa mediante una trampa, y no sin mediar resistencia. De ahí, el drama se convierte en un juego de equivocaciones, en el cual los aztecas asumen que Moctezuma se ha rendido por su propia voluntad hasta que Cuitláhuac, su hijo y nuevo líder, logra hablar con él e incita los aztecas a rebelarse para salvarle. El segundo momento equívoco decisivo ocurre cuando Moctezuma es persuadido por Cortés de hablarle a su gente para convencerles de que se debe evitar una masacre y tener compasión de los españoles, dejándoles salir de Tenochtitlán. La escena de la lapidación de Moctezuma por los aztecas (*Moctezuma*, V, 9) y de su muerte pocos días después ya corresponde de nuevo al guion establecido sobre el *tlatonani* por Cortés y sus seguidores. El drama de Spengler simplifica así la secuencia de los eventos para hacer hincapié en la dimensión trágica de la caída de Moctezuma, de soberano virtuoso y omnipotente a hombre moribundo y solitario, y en las diferencias personales entre él y Cortés. Las razones de esta caída se discuten en varios momentos, empezando con el primer monólogo de

Moctezuma (III, 4), en el que se pregunta sobre su libre albedrío frente al destino: «“No es, del hombre destino, arbitrio suyo”» / Créese aquel libre y sirve, en vez, al caso. / También dèbe ceder al cual el rey». A ello se añade, siguiendo el modelo de la tragedia clásica, la cuestión del error fatal (o *hamartia*), al presentarse Moctezuma no como alguien débil, sino demasiado condescendiente en su trato con Cortés.

Al cuestionar la narrativa cortesiana sobre la conquista de México, Spengler adopta una perspectiva que conocemos bien hoy en día. Como escribe el historiador inglés John Elliott, para Cortés era crucial poder convencer al rey español de que Moctezuma se había sometido voluntariamente. Se habría aprovechado por ello de la leyenda del retorno del soberano blanco del Este, la cual bien pudo existir, pero no necesariamente fue clave en la conducta de Moctezuma («Cortés, Velázquez and Charles V», xxviii). También Anthony Pagden considera que el lenguaje de Cortés, quien escribía que los aztecas se habían sometido al rey español en calidad de «vasallos», era estratégico, al aludir a la idea de *translatio imperii*, la cual sugería a Carlos V que, gracias a la conquista de México, él era ahora, como Carlomagno, *dominus totius orbis* («Introduction», lvi). Hugh Thomas piensa, en cambio, que, al menos, ciertos indicios de docilidad tuvo que dar Moctezuma ya en la primera conversación porque, de lo contrario, relatos posteriores de testigos presenciales habrían contradicho el de Cortés (393). En el momento de la escritura del *Moctezuma* de Spengler, en 1897, sin embargo, tal punto de vista era poco común, dada la preponderancia de los relatos de Cortés y Bernal Díaz en el imaginario común, como veremos.

A lo largo de todo el drama de Spengler se pone de relieve la ilegitimidad de las pretensiones de los españoles respecto al dominio sobre el reino azteca. Dicho dominio

está, es cierto, justificado exteriormente por el mandamiento de convertir al cristianismo a los paganos; la codicia de Cortés y de su tropa prevalece, no obstante, en todos los aspectos. Aquí Spengler coincide, de hecho, con la presentación del propio Cortés, quien no solo describe en detalle la riqueza de la capital azteca, sino que una y otra vez vuelve a hablar de cómo busca procurar oro y otras riquezas a sus soldados y a la Corona española. Al enfocarse en las ganancias materiales de los españoles y representar, además, a Cortés como hombre de escasa fe (*Moctezuma*, III, 5), Spengler sugiere que verdaderamente no podía haber una justificación política de la conquista de México.

El proceder de Spengler consiste en rellenar dramáticamente los momentos de los que no había noticia en la tradición historiográfica; especialmente las conversaciones y los acontecimientos que a Moctezuma atañen. En su descripción del aprisionamiento de Moctezuma, por ejemplo, Cortés deja claro que la acusación de que Moctezuma hubiese sido el instigador de un atentado junto a Veracruz, había sido un pretexto. Cortés se salta la discusión propiamente dicha y remite a que Moctezuma se habría avenido, tras algún tira y afloja, a acompañar a los españoles (*Cartas de relación*, 213-216). En Spengler, por el contrario, el prendimiento de Moctezuma se prepara dramáticamente mediante las conversaciones de ambos protagonistas con sus aliados (*Moctezuma*, III, 3-4). Igualmente en otro momento, Moctezuma se opone en un largo parlamento al propósito de los españoles de convertir al catolicismo a los aztecas, y pide respeto para su religión (*Moctezuma*, IV, 6), cosa no mencionada en las fuentes españolas. Claramente, la versión de los hechos de Spengler toma partido por Moctezuma, al darle la palabra donde Cortés elude hacerlo, dotándole de palabra y razón cuando Cortés o Bernal Díaz no lo habían hecho.

Hay, asimismo, algunas acciones secundarias libremente inventadas en el drama de Spengler. Entre ellas, ya mencionamos la historia de Marina, la cual en el drama ha sido salvada por Cortés de una casa en llamas y, estando enamorada de él sin esperanza de ser correspondida, más tarde es apuñalada por un «cacique» azteca celoso (*Moctezuma*, IV, 6-7). Todo ello contradice la referidísima biografía de Malintzin, según la cual esta fue entregada a los españoles junto a otras mujeres, y no solo se convirtió en intérprete de Cortés, sino que tuvo de él un hijo (Martín Cortés). Ese triángulo amoroso tiene el efecto dramático, sin embargo, de subrayar la igualdad entre aztecas y españoles, como también de culpar a Cortés por su falta de sentimiento por ella y luego, a Marina, por su falta de «patriotismo» hacia los aztecas. Spengler introduce también en su drama un conflicto padre-hijo no documentado históricamente, al convertir a Cuitláhuac en vástago y heredero de Moctezuma pese a que, en realidad, era hermano. Dicho conflicto le permite acrecentar el efecto melodramático de varios pasajes: cuando Moctezuma recibe a Cortés contra el consejo del hijo y otros caciques (*Moctezuma*, I, 2); cuando rechaza matar a Cortés justo antes de ser, a su vez, capturado (*Moctezuma*, III, 4); y durante la soledad en su cautiverio, cuando ha sido abandonado por su propio hijo, especialmente en el momento de su muerte. Finalmente, Cacama, quien aparece como otro «sobrino» de Moctezuma en Bernal Díaz, es en Spengler un octogenario consejero de Moctezuma, imitando la figura del sabio anciano tan popular en la mitología clásica.

La exposición de Spengler de la conquista de México presenta, por tanto, cambios y realces que, a pesar de no siempre ser realistas desde un punto de vista histórico, reflejan un juicio maduro y bastante consistente con su obra posterior, a pesar de que el autor contaba solo con 17 años

cuando escribió su ópera prima. Queda clara su tesis de que Moctezuma fue una víctima de su sentido del honor, y de que no fueron ni su superstición ni sus titubeos —como Cortés sugiere en su carta— lo que hizo posible la victoria española. *Moctezuma* ofrece, así, a pesar de algunos excesos melodramáticos, una interesante perspectiva sobre la significación que el relato de la conquista de México puede haber alcanzado para la trayectoria intelectual de Spengler e, incluso más allá, en la Alemania de finales del siglo XIX.

2. EL HORIZONTE DE LECTURAS DE SPENGLER HACIA 1897

El interés del joven Spengler por la conquista de México era llamativo, dado el ambiente en el que creció. Al ser su padre empleado de la oficina de correos, en la década de 1890 Spengler vivía con su familia en Halle, ciudad mediana en el estado de Sajonia-Anhalt, donde acudía al colegio de la prestigiosa fundación pietista Francke para recibir una educación, sobre todo, en letras clásicas y teología. El temario de esta escuela es muy poco probable que incluyera el estudio de la historia de México⁵. Sin embargo, incluso en el ambiente provinciano de esta ciudad, el tema de México y Moctezuma pudo haber adquirido cierta presencia.

A lo largo de los años del declive del imperio español y de la expansión de otros imperios, tales como el inglés, estadounidense y, finalmente, el alemán, el antiguo México se había convertido para muchos en un tema fascinante. El número de descripciones de viajes, relatos y libros juveniles sobre la conquista de México, así como de nuevas traducciones de los textos de la época, se disparó a partir del siglo XIX⁶. La autora de uno de los resúmenes en alemán de la conquista de México podía citar, así, para 1865 una larga lista de fuentes en tres idiomas:

Algo se ha conseguido en el trabajo sobre México [...] Valga lo que sigue para hacerse una idea de lo alcanzado. La excelente obra de William Prescott *History of the Conquest of Mexico* supone la base del primer volumen de nuestro libro. Nos servimos, además, de las *Vues des cordillères* de A. von Humboldt, de la *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* del bravo Bernal Díaz, del notable trabajo del Dr. Peschel *Das Zeitalter der Entdeckungen* y, por último, de las investigaciones — más antiguas— del padre Clavijero, así como de las más recientes del abate Brasseur *et al.* Respecto a lo que historiadores de los propios siglos XVI y XVII sacan a la luz, de eso Prescott ya se ha ocupado de tal modo en su clásico libro, que nosotros a las fuentes más antiguas del mismo no hemos vuelto (Armin/Krebs, VII).

En la fundación Francke de Halle habrían estado disponibles, según el catálogo de la biblioteca, la mencionada obra del Dr. Peschel y, de Humboldt, su *Umriss von Vulkanen y Geognostische und physikalische Erinnerungen*, junto al relato de viaje de Hermann Hoffmann *California, Nevada, und México. Wanderungen eines Polytechnikers* (1871), la novela histórica en tres tomos de Carl Franz van der Velde *Die Eroberung von Mexico* (1830), las traducciones al alemán de dos volúmenes ilustrados de ruinas mayas por John L. Stephens, una narración en alemán que sigue el relato de Bernal Díaz del Castillo, y la traducción al alemán, hecha por nada menos que Friedrich Schiller, de la *History of America* del escocés William Robertson⁷. En la biblioteca de la Universidad de Halle, la cual el joven Spengler empezó a utilizar clandestinamente en el invierno de 1896-1897, habría tenido acceso a la traducción alemana de la obra de referencia del jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero *Geschichte von Mexico* (1789), a las nuevamente traducidas tres cartas de relación de Hernán Cortés, *Drei Berichte des General-Kapitäns von Neu-Spanien Don Fernando Cortes an Kaiser Karl V.* (1834), a las *Denkwürdigkeiten des Hauptmanns Bernal Diaz [sic] del Castillo* (1843-44), a la *Geschichte der Eroberung von Mexiko* (1834) de Antonio de Solís, y a la monumental *Historia de la conquista de México* del americano William H.

Prescott, traducido al alemán como *Geschichte der Eroberung von Mexico* (1845).

También en la literatura, el teatro y la ópera, Spengler — quien a decir de su biógrafo, Anton Koktanek, era un ferviente aficionado al teatro— habría podido inspirarse en relatos sobre México. Por ejemplo, Carl Heinrich Graun, compositor de palacio de Federico II de Prusia, había compuesto una ópera barroca titulada *Montezuma* (1755), cuyo libreto había sido escrito por el propio rey. A comienzos del siglo XIX, además, se había hecho popular una ópera de Gaspare Spontini, *Fernand Cortez ou La conquête du Mexique*⁸. También, el popular dramaturgo Ernst August Klingemann había escrito un melodrama en cinco actos, *Ferdinand Cortez, oder: die Eroberung von Mexiko*. De Heinrich Heine existe su conocido poema «Vitzliputzli» (1851). Todas estas obras se sitúan en el ámbito de las fantasías exóticas sobre el mundo allende de Europa que existían en la Alemania «precolonial», entre 1770 y 1870, estudiadas por Susanne Zantop en su libro *Colonial Fantasies*.

No sabemos cómo ni cuándo exactamente se habría encontrado Spengler con su materia. A decir de Koktanek (45), nuestro autor leyó en los años de Halle, ante todo, literatura alemana, francesa, rusa y escandinava, descubriendo luego en lecturas clandestinas la crítica de la religión y el darwinismo. Según dijo él mismo:

Recuerdo con total nitidez aquellas tardes que pasaba clandestinamente, [...] como alumno de *tertia* [*sc. classis*], en la biblioteca de la universidad. El primer libro fue la *Vida de Jesús* de Renan. Experimentaba entonces una dicha demasiado hermosa como para poderla compartir. Me sentía crecer alas, un país nuevo: sabía que yo mismo podía ser algo allí. Conservo todavía una serie de cuadernos que llené de apuntes. Leía a Bauer, a De Wette, a Haeckel, volviendo siempre a penetrar en un país de ensueño una vez que ya las clases de por la mañana me habían repugnado suficientemente (en Koktanek, 50).

Vemos aquí cómo debe haber crecido a lo largo de estos años de vida escolar el escepticismo del joven Spengler hacia la religión, tan literalmente interpretada, sin duda, por el pietismo enseñado en la fundación Francke. La *Vie de Jésus* de Ernest Renan (1863) había resultado pionera en su época al reconstruir la vida de Jesús desde un punto de vista histórico. Luego, el teólogo Wilhelm Martin Leberecht de Wette era conocido por su aproximación independiente a la exégesis bíblica. Por su parte, el zoólogo y darwinista Ernst Haeckel se hizo famoso con sus obras sobre biología marina, especialmente con sus libros *Generelle Morphologie* («Morfología general», 1866) y *Natürliche Schöpfungsgeschichte* («Historia natural de la creación», 1868). Muy poco se ve aquí del historiador-filósofo posterior que iba a ser Spengler, aunque sí, quizás, cierto ansia de rebelión y un deseo por distanciarse de la educación recibida. También podemos especular que quizás haya sido el hecho de que la conquista de México oficialmente fue justificada por el deseo misionero de llevar el cristianismo a otras orillas, el que haya hecho que Spengler se interese por ese temario y no por la India, país recorrido por Haeckel, o por la Patagonia de Darwin.

3. GUIONES DEL COLONIALISMO. EL INTERÉS POR LA CONQUISTA DE MÉXICO EN LOS ESTADOS UNIDOS Y EN ALEMANIA

Vale la pena tener en mente que la última década del siglo XIX en Alemania constituye los años «fundadores» (*Gründerjahre*) del imperio alemán, recién creado en 1871; es decir, años de creciente prosperidad para la clase media de la cual Spengler formaba parte. Fueron años, además, caracterizados por el intento del joven emperador Guillermo II por expandir sus posesiones coloniales, en competencia con los imperios de ultramar inglés y francés en África y Asia. El «reparto de África», es decir, la colonización

completa del continente en menos de dos décadas por las potencias europeas —entre ellas, también Alemania— creaba nuevos mercados para los europeos, pero a costa de graves abusos sobre la población autóctona, incrementando además las tensiones entre las propias naciones europeas. En ese contexto, la experiencia del imperio español en América podía ofrecer lecciones importantes. Especialmente, el guion de la historia de Moctezuma fungía de pantalla de proyección para las esperanzas y los miedos que a la colonización exitosa y a la destrucción de culturas existentes se asociaban.

El concepto de guion lo tomo de la estudiosa de la *performance* Diana Taylor, quien, en un capítulo de su libro *The Archive and the Repertoire*, interpreta el encuentro de Colón con los «indios» de las Antillas, según este lo describió en su carta a los reyes, como una escena primigenia del descubrimiento, la cual sigue siendo retocada, desde entonces, en infinitas variaciones, en relatos de viajes, novelas, en la historiografía y en el periodismo, siempre y cuando alguna de las llamadas culturas «primitivas» coincide con civilizaciones modernas. Según Taylor, el «guion de la conquista» es el siguiente: a los indígenas se los construye como sujetos deficitarios que no poseen cuanto los españoles sí —escritura, ropa, lenguaje, armas, fe—, y que están agradecidos por lo que les traen estos. Esta acción se construye para un público que en parte está presente —es decir, los españoles que acompañaban a Colón, entre los cuales había un escribano—, y que en parte mira desde fuera; es decir: los reyes españoles o los lectores. Para Taylor, en este guion interactivo, el «descubridor» pretende entender al otro, pero lo describe como mero negativo del observador⁹.

De manera similar, podemos hablar en el caso de la historia de Moctezuma narrada por Cortés y Bernal Díaz de un guion que incluye tanto a los protagonistas como al

público lector. Ese «guion colonial» diverge, sin embargo, en puntos decisivos del guion de la conquista esbozado por Taylor en su lectura del relato de Colón. Por una parte, Cortés puede apoyarse en más informaciones directas que Colón gracias a dos traductores del náhuatl y el maya, Malintzin y Jerónimo de Aguilar. Sobre todo, se confronta, en el caso de los aztecas y sus ciudades (o *altepetl*), con una cultura sedentaria, mucho más comparable a la de los españoles. De ahí que su relato tenga que apoyarse en toda una secuencia de escenas, siempre para justificar la guerra contra otra civilización que, de otra manera, podría ser interpretada como acto criminal: el sometimiento formal y público de Moctezuma desde un comienzo al dominio del rey español, la rebelión de los aztecas, el apresamiento de Moctezuma por Cortés como autodefensa, el ruego de un Moctezuma «débil» a los aztecas para que depongan las armas y el subsiguiente ultraje y ataque de estos a Moctezuma; por último, la muerte melancólica de este, la retirada de los españoles y la posterior conquista definitiva de la capital. También el público es ahora otro. Ya no hay un solo escribano, sino, al menos, dos: el de los españoles y el de los aztecas, el cual, en los relatos de Cortés y Bernal Díaz, «pinta» los acontecimientos y se los entrega a Moctezuma. En consonancia con lo cual, en el guion colonial de México hay desde el principio al menos dos versiones de los hechos: la española y la de los aztecas. El asombro ante el Otro que en Colón tanto prevalecía, se convierte, en el caso de la conquista de México, en asombro por la riqueza del «imperio» azteca y de ahí, en la necesidad de mostrarse religiosa, militar o culturalmente superior a la otra civilización. También, como hemos dicho, Colón y Cortés sitúan su acción en otro marco legal. Mientras que Colón podía tomar posesión de las islas del Caribe porque estaban pobladas por pueblos de vida nómada «carentes de Estado», en el caso de los aztecas, se planteaba la cuestión de la conquista legítima de una cultura urbana bien

organizada. Para esos casos, la bula *Inter caetera* (1493) del papa Alejandro VI establecía que la conquista de territorios también podía justificarse en caso de existir un Estado que tenía que ser convertido a la fe cristiana¹⁰. Podemos sospechar que de ahí surge, en el siglo XIX, el especial interés de los lectores en Alemania, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos por el guion colonial de México cuando estos países inician su propia colonización de nuevos territorios en África y el Pacífico usando narrativas similares sobre su «derecho» a hacerlo, aunque ya sin la excusa de la religión.

Desde los primeros relatos en el siglo XVI, el guion colonial de la conquista de México fue discutido, eso sí, entre historiadores y teólogos españoles, mas no tanto en el ámbito europeo¹¹. Como ha argumentado John Elliott, el descubrimiento y la conquista de América por parte de los europeos tuvieron, durante siglos, un «efecto incierto»: el mundo que se abrió a los colonizadores españoles era demasiado nuevo como para que historiadores, teólogos y filósofos lo pudiesen asimilar. De ahí que, todavía en la década de 1790 se discutía sobre la naturaleza supuestamente «inferior» o «superior» de América, como puso de manifiesto Antonello Gerbi en su *Disputa del Nuevo Mundo* (1955). Pero, ya acabando el siglo XVIII, aparecieron nuevas obras que refutaban los prejuicios sobre la supuesta falta de historia mexicana surgidos en los últimos años de la colonización española. La *Historia antigua de México* (1779), publicada primero en italiano y luego en traducción alemana e inglesa por el jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero, unía relatos orales con la consulta de fuentes y códices para dar una descripción detallada, aunque a menudo poco fiable, de la cultura azteca previa a la llegada de los españoles. En segundo lugar, la *History of America* (1777-1796) en diez volúmenes de William Robertson consideraba a los aztecas y mayas inferiores a los europeos, ya que suponía que no tenían ni hierro ni bronce ni ganadería ni

escritura (¡!), pero así y todo los tomaba no por culturas primitivas, sino avanzadas¹². Finalmente, con la independencia de la mayoría de los estados latinoamericanos a comienzos del siglo XIX, y con la apertura de los mismos a viajeros europeos —el primero, entre ellos, el prusiano Alexander von Humboldt—, creció el interés científico por Latinoamérica, aumentando el interés por nuevas interpretaciones de la conquista de México.

Humboldt había recorrido Suramérica entre 1799 y 1804 y rechazó en varios relatos de viaje definitivamente las especulaciones de algunos filósofos ilustrados sobre la falta de historia y la monstruosidad del nuevo continente¹³. Especialmente su obra *Vues des cordillères et monumens [sic] des peuples indigènes de l'Amérique* (1810-1813) combinaba por primera vez magníficas descripciones de la naturaleza con imágenes de antiguos códices mayas, calendarios, objetos artísticos, monumentos y ruinas de México. Tales imágenes daban una impresión totalmente nueva de la complejidad y antigüedad de las culturas precolombinas, a las que el propio Humboldt comparaba con el arte clásico griego (Humboldt, *Ansichten der Kordilleren*, 3-17)¹⁴. Las dramáticas evocaciones y descripciones humboldtianas de la naturaleza y las culturas de América dirigieron el interés de los lectores, tanto legos como científicos, hacia la historia de un México que, de repente, se erigía en rival de la cultura española, como antes lo habrían sido los griegos y romanos antiguos.

La atención a las antiguas culturas americanas se plasmó también en novelas históricas y de aventuras, en piezas teatrales, en nuevas traducciones tanto de las crónicas de los conquistadores como de testimonios tempranos, y en relatos de viajes. Es, en efecto, llamativo cuántas fuentes españolas sobre la conquista de México se tradujeron a partir de 1750; un auténtico *boom* de publicaciones alemanas da comienzo, sin embargo, hacia 1850. Las *Cartas*

de relación de Hernán Cortés al rey de España, por ejemplo, habían sido traducidas al alemán por primera vez en 1550 y no volvieron a editarse hasta 1779. En ese año, en cambio, J. J. Stapfer sacó una nueva edición con dos impresores a la vez (en Berna y en Heidelberg) y luego, en 1834, Carl Wilhelm Koppe volvió a traducirlas parcialmente, acompañadas de notas¹⁵. En cuanto a la famosa obra de Bernal Díaz del Castillo, no se tradujo al alemán hasta 1838, con una segunda «edición aumentada» en 1843; y en 1865, se publicó de ella, a su vez, una reelaboración dirigida a la «juventud alemana»¹⁶. La *Historia de la conquista de México* de Antonio de Solís y Rivadeneyra (1684) fue traducida al alemán por vez primera en 1750-1751, y vuelta a publicar en nueva traducción en 1838. También los dos relatos de viaje del americano John L. Stephens por las ruinas de las ciudades mayas de Yucatán y América Central se tradujeron al alemán inmediatamente tras su aparición en 1854, como vimos. Las historias escritas por los americanos William H. Prescott sobre las conquistas de México y el Perú, y de Washington Irving sobre la vida de Cristóbal Colón aparecieron entre 1828 y 1848 en traducción alemana¹⁷.

En todas estas obras se encuentran versiones de Moctezuma las cuales, siempre siguiendo un guion colonial, privilegiaban ora a Moctezuma, ora a Cortés, describiendo la cultura de los aztecas y de los pueblos vecinos con mayor o menor detalle. A continuación, quisiera presentar dos relatos decimonónicos de la conquista de México que muestran cuán amplio margen había para interpretar la figura de Moctezuma, sea de modo crítico, sea de modo enaltecedor. Se trata, por un lado, de la novela histórica de Carl Franz van der Velde *Die Eroberung von Mexico* (1830); y, por otro, de la historia épica de William H. Prescott *History of the Conquest of Mexico* (1843). Aunque a primera vista no parecen tener mucho que ver la una con la otra,

ambas alcanzaron gran popularidad en la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX. También vale la pena comparar los contextos nacionales de Alemania y los Estados Unidos en cuanto a las ambiciones políticas proyectadas sobre el mismo guion de la conquista de México.

Carl Franz van der Velde, aunque fuera en su época el autor más popular de novelas históricas, apodado el «Walter Scott de Alemania», hoy está prácticamente olvidado. En su momento fue prolífico y un auténtico *bestseller*: de los veintiocho volúmenes de sus obras completas salieron hasta 1862 siete ediciones; en los diez primeros años de su aparición sus libros alcanzaron un grado de popularidad que, a decir de Matthey (132), igualaba al de las obras de Schiller. Al contrario que este, sin embargo, Velde aprovechaba información histórica para construir figuras y escenas algo repetitivas y estereotipadas, lo que sitúa su producción en la categoría de literatura de fórmula. *Die Eroberung von Mexico* es el único de sus veintiocho volúmenes dedicado a una civilización no europea. Fue la primera novela histórica alemana sobre México y para el público lector burgués, probablemente el relato más en boga sobre el tema¹⁸. Velde no citaba fuentes, trabajaba con diálogos sencillos y con una moral ilustrada. No obstante, logró establecer para su público los elementos esenciales del drama que, tras él, otros volverían a poner en escena.

La novela vive del contraste entre cuatro figuras: el audaz héroe Cortés, su joven compañero Juan Velázquez de León, el tiránico gobernador de Cuba Diego Velázquez (tío de Juan) y, luego, Moctezuma. El conflicto ético-moral está colocado, con Velde, en la persona de Velázquez de León, quien sigue en calidad de consejero a Cortés, pensando que este quiere convertir al cristianismo a los aztecas. Se desengaña, sin embargo, cuando presencia su proceder brutal y su cálculo estratégico. Moctezuma, por su parte,

aparece como un tirano que vive en la opulencia con un ejército de sirvientes, pero que, debido a su supersticiosa fe en el regreso de Quetzalcóatl, no es capaz de tomar una decisión propia y acaba sometiéndose con todo su pueblo a los españoles (Velde, *Die Eroberung von Mexico*, 134). Juan resume que «esta nación es ya demasiado culta, tiene demasiadas necesidades artificiales, está demasiado mal gobernada como para poder resistir mucho tiempo, por no hablar del respeto que nuestro saber superior y nuestras armas les han inspirado» (*ibid.*, 144). El problema de la conversión y del aprendizaje de una nueva cultura pasa a ser central en la tercera parte de la novela, que es de libre invención. Juan queda como prisionero de los aztecas tras la retirada de los españoles de Tenochtitlán. Se enamora de Anacoana (sic!), hija del rey, y se casa con ella por el rito «pagano». No obstante, tras la reconquista de Tenochtitlán por parte de los españoles, y poco después de expresar Cortés dudas sobre la conveniencia de un matrimonio con una pagana —aun estando ya bautizada—, Anacoana se suicida afligida por la muerte voluntaria de su padre. Esas muertes sugieren, de manera poco velada, lo inasimilable que es la cultura azteca a la de los españoles.

Una serie de adaptaciones de Velde continuaron en Alemania en esta línea de interpretación popular, según la cual los aztecas habrían sido poco menos que demasiado «avanzados» en su civilización para poder imponerse a los españoles. Podemos sospechar que, al igual que la sugerencia de Humboldt, el modelo prevalente para pensar el «imperio azteca» eran los imperios griegos y romanos; hacía falta poca imaginación para añadir a ello la idea de un imperio azteca «en decadencia», sobre el cual el imperio español, en tanto «joven» habría prevalecido. Así, el libro para adolescentes de W. O. von Horn, *Die Eroberung von Mexico durch Hernando Cortés* (1864) insiste en el heroísmo de Cortés contrastándolo con un Moctezuma que se

presenta como un déspota interiormente débil que ha de ser eliminado por Cortés para poder convertir al cristianismo a la población. Franz Hoffmann, en otro libro para adolescentes que cita a Velde en el subtítulo y la introducción, *Die Eroberung von Mexiko* (1879), sitúa la historia de la conquista de México en el contexto de la expansión imperial de España y expresa su admiración hacia esta época: «La vida de los caballeros de aquel tiempo era, en efecto, poesía vuelta realidad, y el relato de sus vivencias en el Nuevo Mundo colma una de las más notables páginas de la historia humana» (III). Mientras que Humboldt insiste en la contemplación del mundo por él descubierto, en Velde y sus seguidores, se convierten en el punto central de las cavilaciones cuestiones relativas al colonialismo; referentes, por tanto, a si debe justificarse la anexión de un Estado por parte de otro cuando el reino conquistado está gobernado por un déspota y unas prácticas religiosas «paganas» o inhumanas. La versión popular de Velde de la conquista de México, por tanto, incluso cuando criticaba a Cortés por su propio comportamiento, seguía un guion de interpretación inspirado a la vez por la idea ilustrada de los derechos humanos universales, y por la antigua idea de la *translatio imperii* que parecía justificar la colonización de imperios considerados decadentes.

La *Historia de la conquista de México* de Prescott (1843), al contrario de la de Velde, fue el resultado de una investigación de gran vuelo. Apoyada en un grupo de historiadores españoles que, desde finales del siglo XVIII, habían vuelto a tener acceso a los escritos de los primeros años de la colonización, sintetizó toda la documentación disponible por mucho tiempo¹⁹. Junto a George Ticknor, primer profesor de literatura española en la Universidad de Harvard, y al escritor Washington Irving, Prescott había de reescribir la historia de Latinoamérica desde los Estados

Unidos con una autoridad y un brío épico que seguirían impresionando a los lectores del siglo xx.

Vale la pena demorarse en el momento en que los tres escritores empezaron a estudiar la historia de Latinoamérica. Sabemos que, ya en 1823, los Estados Unidos habían formalizado, con la llamada Doctrina Monroe, su interés por mantener las entonces nuevas naciones latinoamericanas libres de influencias europeas e implícitamente expandir su propia influencia entre ellas; ya se había logrado, a ese efecto, la independencia del estado de Texas de México en 1836. Por otra parte, Prescott y sus amigos eran de la idea, según Iván Jaksic, que los Estados Unidos debían concentrarse en consolidar sus propios ideales de libertad del individuo y de unidad de la nación, y en vivir conforme a la ética de los puritanos; no expandir, en cambio, su territorio a regiones que ya habían sido estados soberanos antes de la colonización española. De ahí que los historiadores americanos asociaban con el estudio de la colonización española, según Jaksic, una reivindicación crítica para con su propio país.

La obra de Prescott ofrece un cuadro histórico de gran complejidad, donde no hay un claro vencedor. Sin embargo, aún ahí se nota que Prescott tiene sus ideas sobre el imperialismo, y también que sigue, a pesar suyo quizás, ciertos prejuicios culturalistas. Lee la historia de la conquista de México como un drama entre dos grandes potencias en el cual los españoles inicialmente quedaron como espectaculares vencedores, pero a la larga contribuyeron al declive de su país. De ahí que pone gran énfasis en hablar del heroísmo de lo que para él es solo la primera parte de este drama, la conquista de México por Cortés. Prescott está lleno de elogios a la inteligencia y el talento estratégico de Cortés, superior a Moctezuma en tanto figura trágica que destaca por encima de su propia cultura y se pierde en su desgarró interior. De hecho,

Prescott habla de Moctezuma como de un «bárbaro occidental» que tiembla ante los «hijos de Oriente» (los españoles). La cultura azteca, para Prescott, puede ser mejor comparada a la de los tártaros, cultivados, pero solo vana y pomposamente (Prescott, *History of the Conquest of Mexico*, 435). En tanto soberano, Moctezuma, sin embargo, se distingue de sus predecesores por sus inclinaciones religiosas y más bien intelectuales, aunque de manera ambigua:

Even this, however, was an advance in refinement, compared with the rude manners of the earlier Aztecs. The change may, doubtless, be referred in some degree to the personal influence of Montezuma. In his younger days, he had tempered the fierce habits of the soldier with the milder profession of religion. In later life, he had withdrawn himself still more from the brutalizing occupations of war, and his manners acquired a refinement tinged, it may be added, with an effeminacy, unknown to his martial predecessors (*ibid.*).

El tener un carácter «afinado» y hasta «afeminado» hace de Moctezuma una personalidad compleja que, si bien tiene experiencia bélica, por otra parte también tiene atributos intelectuales que se salen del esquema del guerrero, señalando a la vez cierta debilidad.

Esta ambigüedad de la persona de Moctezuma se perfila a todo lo largo de la historia de Prescott. El apresamiento de Moctezuma por parte de Cortés, Prescott lo interpreta como producto del miedo de aquel a la muerte y como una reacción emocional desproporcionada. No obstante, en la escena, omitida por Spengler pero narrada con lujo de detalle por Prescott, del sometimiento formal de Moctezuma a la majestad del rey español, el historiador americano encuentra algo admirable en el soberano azteca: «There was something deeply touching in the ceremony by which an independent and absolute monarch, in obedience less to the dictates of fear than of conscience, thus relinquished his hereditary rights in favor of an unknown and mysterious power» (*History of the Conquest of Mexico*, 481). Frente a